

## Arco de triunfo

A cada uno de ellos le gustaban las sentencias de los moralistas latinos. Séneca era el preferido del coronel, hombre orgulloso de que su sobrino hubiese desertado de las ilusiones que se hiciera su madre al ponerle el nombre de un escritor melancólico, al que las mujeres de su tiempo tenían de punto. Rainer, su sobrino, tenía ideales viriles y estaba interesado en la realidad efectiva, no por esos ensueños que poblaban la cabeza de su madre.

A pesar de eso no se podía decir que nuestro Rainer fuera un ganador con las mujeres, aunque cada tanto tenía una novia y hacía sus travesuras con Magda mientras el tío dormía la siesta y Emilia realizaba sus tareas. Lo sabía, aunque me lo ocultaba.

Por mi parte había dejado de ocultarle algunas cosas: conocía de entrada mi deseo por su hermana, discreto, nunca me preguntó hasta donde habíamos llegado. También sabía algo del embarazo de Delia y algunas otras cosas.

Hartung, para enfatizar los cambios que produce la edad y en alusión a la tibieza de las opiniones del coronel, dijo: antes tenía un espejo, ahora tengo un perchero. Tengo muchas cosas que colgar.

El coronel no dejó pasar la alusión, sonrió y se propuso responder casi como un payador: La fatalidad guía a los sumisos, atrae a los bravíos.

Con esta sentencia de Séneca el coronel creyó cerrar el pico de Hartung, porque la fatalidad en aquel mes de septiembre de 1962 era la confrontación armada del ejercito divido entre azules y colorados. Frente a eso Zoster y Hartung fueron de la misma opinión. Era una maniobra militar con espectadores, que la seguían entre curiosos y asustados.

En efecto, a los pocos días aparecieron tanques en las calles de la ciudad; recuerdo que algunos iban para Constitución por la calle Humberto Primo, entre una doble fila de soldados que vigilaban parapetados en los zaguanes. Se me ocurrió que bastaría que uno gritase azul y los otros respondiesen colorado

## Sueño de verano

Nada más cercano que estas tres gotas de sudor mojando la camisa mientras te espero. Hace calor acá en Santiago. Por momentos no puedo leer, la quietud sofoca cualquier espacio y pienso que si ya hubieras llegado sería todo más llevadero. Martín juega con naves espaciales, alejado de este lugar tan caluroso. Me dice que en el cielo no hace calor y no es necesario el viento. Las naves se quedan suspendidas una al lado de la otra, no hay ningún planeta que les estorbe el camino. Ahora siento los labios secos y esa sensación pastosa que empieza por la garganta. ¿Será que me estoy transformando en algo arenoso? Aunque tome agua esta sensación está presente, cada vez más intensa a medida que se acerca la oscuridad. Cuando me levanto a la mañana y comienzo a vestirme sé que estoy pisando arena.

Los chicos están bien. También te extrañan pero no creen que vayas a venir. Me dicen “mamá no va a volver”. No los entiendo, si ellos te quieren tanto como yo. Pero no te preocupes, no lo dicen con

para que empezara un tiroteo cruzado, de vereda a vereda, en perfecta simetría.

Cerraba un ojo, al abrirlo cerraba el otro: el tanque que avanzaba en línea recta parecía oscilar de una vereda a la otra. Como en el díptico de los cuatro apóstoles de Durero la perspectiva era invertida: lo que estaba más lejos parecía de mayor tamaño que lo cercano. Por encima del primer tanque se veían los otros, y los cascos de los primeros soldados dejaban ver una serie ascendente que alcanzaba unos cien metros.

También los soldados parecían oscilar de una vereda a otra cuando se los miraba con un ojo o con el otro de una manera alternativa.

A pesar de los nombres que identificaban a los grupos enfrentados, todos vestían uniformes del mismo color y eran del mismo ejército.

Eran del mismo país, pero diferentes intereses. Y ahí empezaban las discusiones. La ciudad estaba animada de corridas vertiginosas, de automóviles que parecían estar dirigidos por la fatalidad nombrada por el coronel. ¿Quiénes eran los sumisos y quienes los bravíos? El grupo llamado azules emitió el comunicado 150, donde se declaraban sumisos: “Las fuerzas armadas no deben gobernar...”, cosas así. Proponían un retorno a la calma, un cese del drama de la ciudad, una vuelta a la rutina del trabajo que tendría que ponerse por encima del espectáculo de los tanques, los soldados y las proclamas. Basta de grandes titulares, de las imágenes de guerra de Parque Chacabuco y Parque Avellaneda. Los militares a los cuarteles, los niños y las palomas a las plazas, a la escuela, a cumplir con sus deberes. Las mujeres a sus hogares, los ancianos a charlar a los boliches. Le dije a Rainer que me parecía que los curiosos querían un poco más, que pasara algo de verdad.

Los colorados en tanto perdieron pasaban a ser los verdaderos sumisos y los bravíos eran azules, aunque se hubieran declarado sumisos para despistar. Prometieron dejar al país como nuevo en 120 días.

**Germán GARCÍA**

### El mundo de los chicos y el mundo de los adultos

tono enojoso o malhumorado.

Te preparé una sorpresa. Me llevó dos veranos pero ya está terminada. Les dije a los chicos que hasta que no llegaras no la íbamos a estrenar. Les pedí que no te contaran nada pero Violeta me miró como diciendo “papá qué te pasa”. A veces es difícil seguir sin tu compañía. Los chicos no me hicieron caso, se cansaron de esperarte y se metieron igual a la pileta. Te lo cuento para que no te ofendas. Creo que con los calores que hace acá en Santiago los entiendo. Violeta me dijo que quizás no volvías para este verano, quizás tu regreso podía ser en invierno y que no tenía sentido no usar la pileta. Violeta ha crecido mucho desde que te fuiste, cuida a sus hermanos y me ayuda a decidir sobre algunas cosas. Le di la razón pero le expliqué que yo la quiero estrenar con vos. Aunque pase otro verano, y no llegues en el próximo invierno.

**Laura GIBILARO**

## Las glicinas

Glicina en un jardín de la ciudad de Montevideo.

El cubano salía justo en ese momento. Iba a hacer como un saludo de palmas sobre la espalda recta pero vencida del hombre, era la madrugada, pero cuando me vio se fue apurado levantando apenas el mentón como único saludo. Con el caño bajo el brazo. Un dios el cubano con el caño. Quién pudiera. También pasaron esos hombres de negro, tan idénticos. Y más que nada esa luz, esa tremenda luz reventada de violetas, distintos violetas, claros, oscuros, más oscuros. Había una glicina así, que parecía una parra cuando terminaba la primavera. Bien entrado el verano se ponía de ese mismo color, sin verdes, toda de ese mismo color que eran varios violetas. Igual que las campanitas. Y que el jazmín del Paraguay. Cuando vi esa luz, que fue como si me hubiese estallado un fuego artificial en la cara, me acordé del patio de Paternal, igualito, con el mismo calor indignante también, el que venía de la cal de las paredes.

Glicina en un jardín de la ciudad de Montevideo.

No me puedo sacar de la cabeza la imagen del tipo del bar. Caído medio cuerpo en la vereda, con la cabeza para adentro, tumbado el otro medio cuerpo sobre la escalera que va al sótano. Y la gente, las cosas que hace. Yo le había dicho, antes de irme, y para disimular, que le convidaba algo en la confitería de enfrente. Ni bien abrieran. El hombre me miró como soñando. Ahí pensé éste no pica, voy a tener cuidado. Así que a la mañana, apenas abrieron, yo ya estaba en la confitería como había dicho. Y desde ahí

lo vi hasta que lo sacaron, se lo llevaron en ambulancia. La gente qué imprudente, hubo algunos que lo querían levantar y lo tironeaban para la calle. Pero antes de eso fue lo de la luz, no sé qué pasó, yo no le hice nada, quería pero no pude. De repente me di cuenta que estaba como a veinte cuadras, tal vez más. Y cuando abrió la confitería yo ya estaba adentro. Te juro que del miedo que tenía sentía los huesos más blancos, como celestes. Me arrepentí de pedirte que te fueras, de veras. Me sentía solo, culpable. La verdad nunca le hice nada a nadie. Si lo hubiéramos pensado mejor no te decía nada. No es que no te creyera, cómo no te iba a creer, si estabas como para echarsete encima, tan solita. Y al final ninguno de los dos, ni él ni yo, mirá lo que son las cosas. Pero nada como esta rareza, que el tipo hoy día siga ahí como si nada. ¿Habrá sido que se habría desmayado, nada más? Estaba en un charco de sangre, se veía como petróleo a esa hora que todavía no hay luz suficiente aunque hacía tanto calor. Me acuerdo de las chicharras.

Glicina en un jardín de la ciudad de Montevideo.

Porque había brisita del este y el cartel hizo varias veces el mismo ruido que las chicharras. Parecían un coro. Esa música que se escucha ahora.

Glicina en un jardín de la ciudad de Montevideo.

Hay quienes dicen que no es cierto que esté ahí. Pero vos lo viste, yo también. Y cómo nos mira.

**Nora MARTÍNEZ**

## Responso

Escuela Comercial N.º 6, sede de la Biblioteca de la Universidad de la República, Montevideo.

Mujeres “Antonio Bermejo”, creado en 1898, y que en 1985 pasó a ser mixto. Ella se deprimió con esta noticia, y mientras lloraba decía “me vendieron un libro de una biblioteca, no puede ser, no lo puedo leer, me da culpa”.

Escuela Comercial N.º 6, sede de la Biblioteca de la Universidad de la República, Montevideo.

Ahora iba hacia el libro, como si la hubiese llamado por la palabra responso vinculada a la acción de pasar una espuela sobre el cuello de, por ejemplo, Saer sellado. Escuela Comercial Nro. 6 América (dice estampado en la 3er hoja del libro) el sitio web que encuentra vinculado al establecimiento no funciona. La dirección es Av. Escalada 2810, atrás de la UTN. Piensa que lo va a enviar por correo, pero luego, ¿y si no existiese más la escuela y por eso vendieron los libros? ¿Sería eso factible? Quiere leer el libro. Lo voy a enviar, pero esta noche no, y se lo lleva a la cama, se dispone a la lectura, y se desvela o devela junto al gordo Barrios, la casa de Concepción en Guadalupe y Hermosura.

**Julieta BENEDETTO**



## Tan chachi

Me dicen que la última película de Julia Roberts, *Comer, rezar, amar*, está buena. Pregunto por qué. Me dicen que es entretenida, que ella está divina (esa sonrisa, Julia, esa sonrisa) y que la historia está bien (una mujer redescubre su verdadero ser comiendo, rezando y amando). Hay gente que recomienda películas por cosas así.

Pero no todo el mundo lo hace. Pongamos por caso *Contagio*, la de Matt Damon (tipo odioso donde los hubiere, salvo en las de Bourne y acá). Un amigo me dice que la película está buena: que es entretenida, que Kate Winslet está divina (se contagia, se hincha, muere deshidratada) y que la historia está bien (se cuenta la historia de una epidemia desde el punto de vista, digámoslo así, de la enfermedad y no de los enfermos).

El léxico de la recomendación es, notoriamente, el mismo. Es, si se quiere, lo que nos permite la economía de eso que llamamos “comunicación”.

Podríamos, sin embargo, señalar dos políticas de la recomendación. La primera atiende al acuerdo, a lo que todos sabemos: es una confirmación (redundante, por cierto) de eso que llamamos “belleza”: la sonrisa de Julia, el entretenimiento, la

superación personal. La otra política de la recomendación es la del juicio contradictorio, contra la doxa, paradójico. Este comentario negativo (en la medida en que se constituye como la negación de un criterio) atiende al desacuerdo, a la polémica, a generar sorpresa y debate. Es un comentario que suspende la confirmación, porque enfatiza aquello que no es evidentemente bello: el trabajo de una actriz transformando su cuerpo, el entretenimiento, el punto de vista inhumano.

La relación que mantengo con mis interlocutores es, por lo tanto, menos el acuerdo sobre los criterios de gusto que el hecho de que llamemos (ellos y yo) del mismo modo a cosas, criterios y actitudes antitéticas, a máquinas de guerra dispuestas a aniquilar a quien piense lo contrario. Ese doble emplazamiento de acuerdo y desacuerdo (nos entendemos lingüísticamente, pero nos peleamos eternamente por el sentido de las palabras) define, pues, los límites de

una comunidad.

Nadie dirá nunca en la Argentina, que Julia Roberts es “tan chachi” en *Comer, rezar, amar*. **Ezequiel DE ROSSO**



FELICIDADES - Alejandra URRESTI

## El último bondi

Debimos sospechar cuando, al subir, vimos sentado en el primer asiento a este peculiar personaje, con sombrerito, lupa y saco largo. Algunas horas más tarde lo comprendimos: estaba haciendo su trabajo.

El viaje no era largo, pero parece, según él nos dijo, que si hay niños u obesos entre el pasaje es muy común. Las empresas han implementado de todo para evitarlo, desde pasar películas y música, hasta poner azafatas. Pero no hay caso, no logran distraerse, concentrarse, abstraerse. Y todavía seguimos lamentando víctimas. Antes, los choferes resolvían todo al llegar, pero se demoraban ellos, demoraban a los pasajeros, y los trámites eran interminables, así que lo resolvieron. Tanto así que las compañías prefieren pagarles a ellos para que no les lleven incautado el micro; que tienen permiso para registrar todo, y así cuando llegan a destino la policía tiene poco por hacer más que recoger lo significativo (el cuerpo, al culpable, y algunas pruebas como vasos y cubiertos de plástico). Además, en general, los responsables confiesan, por la culpa de haber terminado la vida de un ser amado. Es que el viaje es tremendo, especialmente

cuando es de noche. La falta de descanso es algo dado en esos asientos estrechos, pero si se suman los llantos y los ronquidos, es una combinación fatal.

Más tarde nos contó que muchos de quienes cometen tan aberrantes crímenes intentan cubrir sus pasos, “lo más habitual es encontrarlos en el baño, o tapados con la campera y el tenedor clavado en el cuello; con los niños piensan que va a ser más fácil, pero lo mismo, que escondidos en un bolso, que dormidos en el buche del equipaje... siempre los descubro durante el viaje igual. Las caras de los asesinos uno las ve antes de que suban”.

Mientras nos despedíamos nos dijo “por suerte, en este viaje solo tuve tres casos y ustedes llegaron bien. Que disfruten su estadía. Tal vez nos vemos a la vuelta.”

**Mónica KIRCHHEIMER**

**Reportando las novedades de cualquier estación terminal.**

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*  
- *Odradek- dice él.*  
- *¿Y dónde vives?*  
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

## La mesa está servida

Es de día, una mañana desapacible a orillas de un lago. El cielo está gris y puede que llueva. Un viento frío molesta al hombre que con dificultad intenta meter un bote de remos en el agua. Son las mismas aguas que se tragaron al hijo mayor del hombre hace hoy, justamente, un año.

Torpemente carga el equipo de pesca y en pocos minutos está flotando en el bote lejos de la orilla. Ahora puede que nadie note que tiene el lado derecho paralizado a causa de un accidente cerebrovascular.

El viento produce un quejido al pasar entre los árboles. El hombre no lo escucha, es que no está tan cerca y además hace años ha perdido la totalidad de la audición por una infección.

No le importó, en su momento. Sentado allí, en la soledad, no se ha llevado nada para leer. Acaso porque es ciego.

Le pasan cosas. Pero no ahora, que la espera se convierte en costumbre, en actividad.

Hasta que la tanza se pone tensa. Algo enganchó con su caña de pescar. Paciencia, paciencia y fuerza. Hace rodar la manija del reel y traba entre la pierna y la mano derecha, la inútil, la caña de pescar, que se dobla en una flexión imposible, aunque el hombre no la vea.

*Hace rodar  
la manija del reel  
y traba entre la pierna  
y la mano derecha, la inútil,  
la caña de pescar,  
que se dobla  
en una flexión imposible,  
aunque el hombre no la vea.*

Poco a poco cree saber que su presa está más cerca, pero no deja de ejercer resistencia, al contrario, cada vez se le hace más difícil. Presente que está sacando a su rival del agua, pues se ha salpicado los pantalones. Entonces, en una maniobra rápida, toma con su mano izquierda el hacha corta y afilada que tiene sobre el asiento y lanza un golpe certero donde supone que está el cuerpo de su enemigo. El hacha da justo en el blanco, lo sabe porque la resistencia se termina inmediatamente, tan de inmediato como siente el dolor en la pierna, producto de la herida que se acaba de efectuar en la rodilla izquierda. El dolor y la sangre, que brota caliente cobijando su pantorrilla, le obligan a soltar el hacha, que se clava en el fondo del bote, abriendo un rumbo importante, por donde el agua comienza a llenar el fondo de la embarcación.

El hombre ya no le presta atención a su víctima que no es otra cosa que un cable que

se encontraba tendido bajo el agua. Ese cable es el encargado de llevar la señal de Internet a una gran ciudad, que a partir del hachazo certero del hombre, está incomunicada.

Y es por eso, y no por otro motivo como ella dice, que no recibo el mensaje que me manda mi esposa al teléfono inteligente avisándome que la mesa está servida.

**Roberto GÁRRIZ**

## El verdadero rol de Polino y William Boo en la sociedad

Ahora están de moda programas de televisión en los cuales las personas compiten para ganar alguna cosa, generalmente para otra persona. Ya sea bailando, cantando o tarareando, los participantes intentan semana tras semana ir avanzando en un certamen que no tiene desperdicios. Es que, además del mérito del realizar la acción particular, la gente debe enfrentarse a algo más terrible aún: el jurado. Compuesto por personas famosas, con amplios conocimientos, arman personajes que pueden ser buenos o malos, justos o traidores.

Recuerdo que cuando volví al país allá

por los ochenta, me llamó la atención una moda parecida a esta. Se trataba de las peleas de *Titanes en el Ring*, comandadas por “el campeón”, Martín Karadagián. Los luchadores eran buenos o malos, y representaban a diferentes sectores de la sociedad de aquel entonces. Ellos luchaban, sufrían, gozaban y hacían entretener a la gente. Pero al final, todo dependía del árbitro. Muchas veces hemos visto como William Boo miraba para el otro lado mientras un luchador yacía en el piso, evitando así la cuenta que lo daría por perdedor. Otras tantas asistimos a descalificaciones indignantes, en las cuales el derrotado se llevaba el triunfo moral al irse

ovacionado por los niños que rodeaban el cuadrilátero.

Creo que en ambos casos hay algo en común y es la presencia de un agente externo al núcleo del evento que garantiza la sorpresa. Como una suerte de azar adicional que no se puede prever y que es sin duda el elemento que hace que los programas se parezcan a la vida. Algo así como el dicho “el hombre propone y Dios dispone”, sólo que en este caso Dios es reemplazado por un conductor gritón y llamativamente alto o por un armenio que salió campeón de una liga que nadie conoce.

**Mariano QUINTERO**